EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA BOLSA Ó LA VIDA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honra.
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filantropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegori
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

LA BOLSA Ó LA VIDA.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 30 de Abril de 1866.

El censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

LA BOLSA Ó LA VIDA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. MIGUEL PASTORFIDO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.

VIRGINIA.
DOÑA BÁRBARA.
RAIMUNDO.
ZACARIAS.
DON CLETO.

La accion se supone en Madrid y en nuestros dias.

AL DISTINGUIDO ACTOR CÓMICO

DON JOSÉ GARCIA.

Si esta pieza llega á ser conocida del público, á V. se lo habré debido. Este será un título mas á la sincera amistad que le profeso, y de la que me ha dado V. pruebas, honrando en ello á su siempre afectísimo

Miguel Pastorfido.

ACTO ÚNICO.

Sala decente pero sin lujo en casa de D. Cleto: dos puertas al fondo y una á cada lado. Muebles correspondientes.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BÁRBARA, luego D. CLETO.

BARB. Nadie... van á dar las dos
y estoy impaciente ya.
Ese don Cleto...—Aquí está!
(Viéndole llegar.)
CLETO. Buenos dias nos dé Dios.
Doña Bárbara, ya sé
que ha estado usted algo mala.
BARB. Sí... Ya dejé en la antesala
los cubiertos de plaqué...
CLETO. Gracias por tanta bondad!
Pues me vienen de perilla:
tengo toda mi vajilla
en el Monte de Piedad.
Hubo un dia baile y banca
en casa de usted...
BARB. Ya sé...
CLETO. Y con tal suerte jugué,
que al fin me quedé sin blanca.
Por un azar infernal

tuve á mi lado dos tuertos;
y levantaron mas muertos...
que ni en el juicio final...
En fin, con tanto difunto,
de mi bolsillo el dinero
pasó al de los tuertos... pero
no hablemos mas del asunto.
Hoy le pedí por merced
su vajilla... y la recibo...
Sepa usted, pues, el motivo
por qué la incomodo á usted.
El caso es que de Alicante
me escibe mi hermana Marta
una carta... es una carta
en extremo interesante.

BARB. Á ver...

CLETO. Lea usted. (Dándosela.)

BARB. (Leyendo.) «Cleto,
»tengo una hija soltera;
»es única, y yo quisiera
»antes de morir un nieto.
»No habrá nada que me aflija,
»ni cause afan tan profundo
»como el irme de este mundo
»viendo soltera á mi hija.
»Casarla es ya mi deseo:
»por eso, franca de porte,
»te la mando hoy á la córte
»adjunta en el tren correo.»

CLETO. Buscarle marido... Hay tal!
Que yo la case... Soy cura?
Hay en Madrid por ventura
agencia matrimonial?

BARB. Ya es tarea! Sin embargo,
si ella es guapa...

CLETO. Á mi despecho
la casualidad ha hecho
que pueda cumplir su encargo.

BARB. Cómo! Habrá boda?

CLETO. Arreglada
la voy á dejar... de fijo:
hoy llega á Madrid el hijo

de un antiguo camarada.
Fué cual yo un trueno completo
y muy buen mozo.

BARB. Qué escucho!

CLETO. Yo lo fuí mucho.

BARB. Pues mucho
ha variado usted, don Cleto.

CLETO. No en vano pasan los dias.

BARB. Y ella es bonita?

CLETO. No es fea.
Creo que en cuanto la vea
el pequeño Zacarias,
va á quedarse estupefacto.

BARB. Casarlos es menester.

CLETO. Yo lo mas que puedo hacer
es ponerlos en contacto.
Y con el roce confio...

ESCENA II.

DICHOS, VIRGINIA.

VIRG. Don Cleto Luque, está aquí?

CLETO. Esa voz... Es ella!... Sí!
Sobrina!

VIRG. Querido tio!

CLETO. Ven! (Abrazándola.)

VIRG. Señora!... (Saludando á Doña Bárbara.)

BARB. Señorita!...

CLETO. Has crecido por ensalmo.

VIRG. Poco.

CLETO. Lo menos un palmo.

VIRG. Sí, eh?

CLETO. Y estás mas bonita!
Á quién el placer no embebe
de contemplar tus encantos?
—Tendrás veinte años?

IRG. No tantos.
Voy á cumplir diez y nueve.

BARB. (Pues la chica no es gran cosa.
Yo era mejor... de seguro.)

VIRG. Diga usted, y mi futuro? (Á D. Cleto.)

CLETO. Hoy llegará de Tortosa.
VIRG. Qué tal es?
CLETO. Allá veremos...
En que te guste confio...
VIRG. Es que ya sabe usted, tio,
que yo estoy por los extremos.
Tiene que ser—si no, en vano
á Madrid se ha dirigido—
ó mas bello que Cupido
ó mas feo que Vulcano.
CLETO. Yo no puedo decir...
VIRG. Quiero
que tenga su corazon
como los hijos de Albion
á seis grados bajo cero,
ó ha de ser como un Vesubio.
Ó listo ó de ingenio falto;
ó muy pequeño, ó muy alto;
ó muy moreno, ó muy rubio.
CLETO. Extraña figura trazas!
VIRG. Ha de usar la barba entera
ó sin un pelo siquiera.
CLETO. Pero...
VIRG. Si no, calabazas.
CLETO. Nunca le ví; mas confio
en que á tus deseos cuadre,
si se parece á su padre;
un antiguo amigo mio.
VIRG. Cómo se llama? Quién es?
CLETO. Nos hemos querido mucho:
se llama Cortés.
BARB. (Qué escucho!)
CLETO. Sí tal: Raimundo Cortés.
BARB. (Ay!) Y dónde está?
CLETO. En Tortosa.
Su vida es muy retirada.
BARB. Dios mio!
CLETO. Qué es eso?
BARB. Nada...
que como soy tan nerviosa...
(Pérfido!)
CLETO. (Ap. á Virginia.) Qué refunfuña?

VIRG. (Id. á Cleto.) Siga usted y no le llame
la atencion... (Siguen hablando entre sí.)

BARB. (Conque el infame
se refugió en Cataluña?)

CLETO. Es jóven de poco mundo.

BARB. (Es necesario que hoy parta.)

CLETO. Aquí debe estar la carta
que me dirige Raimundo.

BARB. (Es su letra!) (Mirándola.)

CLETO. (Leyendo.) «Cleto, el viernes,
»esto es, dentro de dos dias,
»llega á Madrid Zacarias,
»que es todo un médico en ciernes.
»Trátale sin ceremonia,
»como se trata á los pollos,
»y adviértele los escollos
»de esa nueva Babilonia.»

VIRG. Renuncio... aunque fuera un santo.

CLETO. Pero, hija...

VIRG. Qué disparate!
Yo pollos!... ni con tomate!

BARB. (Y á mí que me gustan tanto!)

VIRG. Quiero un hombre de meollo.

CLETO. Dices bien; pero yo opino...

VIRG. He aquí lo que en el camino
me sucedió con un pollo.
Estuvo muy indiscreto.

BARB. Á los jóvenes les hierve
la sangre.

VIRG. Si aquel imberbe
no se podia estar quieto!
Me echó un piropo y callé;
pero el tal barbilampiño
tan pronto me hácia un guiño
como me pisaba el pie.
Luego aquella vocecilla
que me cargó hasta lo sumo...
«Le incomoda á usted el humo?...
»Quiere usted una pastilla?...»

CLETO. Un tipo contemporáneo.

VIRG. Iba á mandarle á paseo,
y al llegar al túnel...

CLETO. Creo
que será aquel subterréneo...
VIRG. Pues llegó á lo oscuro el coche
cuando yo menos creia;
de modo que en pleno dia
nos sorprendió allí la noche.
Momento tan oportuno
no desperdició el villano.
BARB. Qué hizo!
VIRG. Apretarme la mano ..
CLETO. Conque en el túnel?... Ah! tuno!
Y tú?... Alzarias la voz!...
Chillarias?...
VIRG. Yo? No! Él fué
quien chilló.
CLETO. Por qué?
VIRG. Porque
le arrimé un pellizco atroz.
BARB. Un pellizco!...
VIRG. Miento: un par.
No es verdad que hice bien, tio?
BARB. (Cuántos pellizcos, Dios mio!
he dejado yo de dar!)
Adios, querido inquilino.
Tal vez en casa me aguarde
una amiga, y... (Esta tarde
voy á ponerme en camino.
Infiel! No entra en sus ideas
que yo al fin le hinque la uña...
Partamos á Cataluña
en busca del nuevo Eneas.)
(Váse por fondo.)

ESCENA III.

VIRGINIA, D. CLETO.

CLETO. Adios! Yo tambien me marcho.
Ese es tu cuarto. (Señalando á la derecha.)
VIRG. Bien.
CLETO. Múdate,
si quieres, de traje.

VIRG. No:
no es preciso que me mude.
CLETO. Como quieras: pronto vuelvo. (Váse.)
VIRG. Bastará con que me atuse...
(Mirándose á un espejo.)
Mi futuro, si es un hombre
que de buen gusto presume,
al ver mi belleza... es claro!
dirá que soy un querube.
Sea dicho sin modestia,
que es una de las virtudes
de que jamás hice alarde,
lo probable es que le guste.

ESCENA IV.

VIRGINIA, ZACARIAS.

ZAC. (Pues señor, yo me introduzco,
ya que aquí no hay quien me anuncie.)
Señorita!...
VIRG. Caballero!... (Volviéndose.)
ZAC. La del pellizco!
VIRG. El del túnel!
ZAC. Servidor de usted.
VIRG. Qué audacia!
ZAC. Espero que usted me escuche.
VIRG. Caballero!...
ZAC. La he seguido...
(Forjemos cualquier embuste.)
(Buscando algun objeto de que apoderarse y tomande la nube de Virginia, que se habrá dejado sobre una silla.)
Porque se dejó olvidada
allá en el coche esta nube.
VIRG. Si estaba aquí hace un momento!
ZAC. Permita usted que lo dude.
Á no ser... eso será.
VIRG. (Veamos lo que discurre.)
ZAC. Que como es nube tambien,
se ha venido por las nubes.
VIRG. Váyase usted!

ZAC. Que me vaya?
VIRG. Al instante.
ZAC. Tanto urge?
¿Quiere usted una pastilla?
VIRG. No!
ZAC Yo llevo siempre dulces.
VIRG. Y aun me habla! Despues del lance...
ZAC. No es justo qne usted me acuse.
Aquello fué un *lapsus manus*...
y si alguna culpa tuve,
bien la pagó mi pellejo;
porque usted me arañó el cutis...
VIRG. Caballero!
ZAC. Mire usted.
VIRG. Le ruego no me importune...
ZAC. Cuatro palabras tan solo
y le prometo hacer *mutis*.
Señora, yo soy un jóven
de dotes nada comunes.
Cumplo diez y nueve años
el diez y nueve de octubre:
estoy en tren de ser médico...
no soy tan feo que asuste...
Le convengo á usted, ¿señora?
VIRG. (El tal pollo es un apunte...)
ZAC. Si me dice usted que sí,
le juro por el dios Júpiter
que su cariño me pone
de la ventura en la cúspide.
Si me dice usted que no
y me da esa pesadumbre,
antes de veinticuatro horas
me cantan el *de profundis*.
VIRG. Caballerito!... Si usted
fuera lo que ser presume,
y no un pollo mentecato
de poco ó ningun cacumen,
hubiera ya conocido
que, á pesar de sus perfumes,
y sus pastillas de menta,
y sus ínfulas de duque,
su presencia me encocora

y me fastidia y me aburre.
Yo quiero un hombre muy hombre
que beba rom y que fume,
y que tenga mas bigotes
que tiene un sargento de húsares.

ZAC. Pero, señorita!...

VIRG. He dicho.

ZAC. (Vamos!... Si yo me hago cruces!
Es la primera... la única
que á mis ruegos no sucumbe.)

VIRG. Salga usted al punto.

ZAC. Pero...

VIRG. Mi tio don Cleto Luque
y mi futuro...

ZAC. Un rival!

VIRG. Pueden venir, y en resumen:
espero que usted se vaya
y á perseguirme renuncie,
sabiendo que han de ser todas
sus pretensiones inútiles. (Váse fondo.)

ESCENA V.

ZACARIAS.

Con que hay un rival y un tio?
No es decir que yo me asuste...
pero no estoy bien aquí,
creo que debo hacer *mutis*.

ESCENA VI.

ZACARIAS, D. CLETO.

CLETO. (Un jóven!)

ZAC. (Un viejo!... Diablo!)

CLETO. (Debe ser él!)

ZAC. (Será el tio?)

CLETO. Bien venido, amigo mio!

ZAC. Gracias!

CLETO. Supongo que hablo...

ZAC. Sí, señor... (No sé qué hacer.)

CLETO. Usted será...
ZAC. El mismo... Justo!
CLETO. Tengo un verdadero gusto...
ZAC. Yo un verdadero placer...
—Abur. (Apretaré el paso.)
CLETO. Un momento! usted no es (Deteniéndole.)
don Zacarias Cortés?
ZAC. Sí, señor.
CLETO. En ese caso...
ZAC. Permita usted que me asombre...
CLETO. Usted se asombra de todo.
ZAC. Podré saber de qué modo
averiguó usted mi nombre?
CLETO. Fácil es dar en el *quid.*
ZAC. (Escamándome ya voy.)
CLETO. Su padre me ha escrito que hoy
llegaba usted á Madrid.
ZAC. Eso no es posible.
CLETO. Hay tal!
Podrá usted dudar ahora?
(Enseñándole la carta.)
ZAC. Pero si mi padre ignora
mi viaje á la capital!
CLETO. Cómo?
ZAC. Oiga usted, don... don...
CLETO. (Como completando la frase.) Cleto.
ZAC. (Bien dije yo que era el tio!)
CLETO. Servidor...
ZAC. Muy señor mio
y de todo mi respeto.
Sepa usted, aunque la historia
de este viaje no le importe,
que mi venida á la córte
ha sido una escapatoria.
Como estudiante ejemplar
yo en Barcelona vivia;
pero sucedió que un dia
me cansé ya de estudiar.
Y dije: una idea osada
ha tiempo el sueño me quita;
la de hacer una visita
á la villa coronada.

Partí á Valencia... mi norte
era dar cima al proyecto,
y allí tomé un tren directo
que me ha traido á la córte.
En el coche hice el amor
á una muchacha gentil.
Marchando en ferro-carril
el amor entra al vapor.
Mas conociendo que en vano
suspiraba por mi Nise,
al pasar el túnel quise
estrechar su blanca mano.
Pero me pegó un pellizco
con las manitas aquellas
que me hizo ver las estrellas,
y eso que soy casi bizco.

CLETO. Luego es usted...—La verdad,
yo dudo, aunque así me hable...

ZAC. Vea usted mi indispensable
cédula de vecindad. (Dándosela.)

CLETO. «Zacarias Cortés»...—Pero
ahora recuerdo... Hay aquí
una carta...

ZAC. Para mí?

CLETO. Ayer la trajo el cartero. (Dándosela.)

ZAC. Mi nombre... Esto es singular!
(Leyendo.) «Mi querido Zacarias...»
—Ese soy yo.—«Hace dos dias
»que no hago mas que llorar.
»Supe ayer por un albur
»que venias á la córte...
»si mi amor es aun tu norte
»ven á la fonda del Sur.
»Estoy aquí desde ayer
»expuesta á cualquier estrago;
»por distraerme no hago
»mas que llorar y comer.
»Azurina.»

CLETO. Come y llora!

ZAC. Asi lo expresa esta carta;
pero mal rayo me parta
si conozco á esa señora!

CLETO. Conque no?
ZAC. No tal.
CLETO. Bribon!
Pero, en fin, yo soy discreto.
Sabré guardar el secreto.
Aquella es su habitacion.
(Señalando á la izquierda.)
ZAC. (Calla! y me ofrece hospedaje!)
CLETO. Entre usted!...
ZAC. (Ya que me brinda...)
Bien. (Así veré á mi linda
compañera de viaje.)
(Entrando en un cuarto.)

ESCENA VII.

D. CLETO, RAIMUNDO con carrik, y un saco de noche en la mano.

RAIM. Se da permiso?... (Desde fuera.)
CLETO. Adelante.
Esa voz!... Raimundo!
RAIM. El mismo.
CLETO. Mi viejo amigo!
RAIM. Silencio!
Para llamarme tu amigo
lo de viejo está demas.
CLETO. Como ya no eres un niño...
RAIM. Sin embargo, lo parezco.
CLETO. Y di: por qué me has escrito
si habias de venir?
RAIM. No!
Yo no soy el que he venido,
sino mi hijo!...
CLETO. No entiendo...
RAIM. Sí, Cleto, yo soy mi hijo.
CLETO. Cómo!
RAIM. Te asombras!... Pues oye.
Sabes por qué de improviso
dejé ha diez años la córte?
CLETO. Porque como buen marido,
la pérdida de tu esposa
te causó un dolor tan íntimo,

que te entregaste sin freno
á toda clase de vicios.
Te arruinaste, y de acreedores
numerosos perseguido,
á un rincon de Cataluña
fuiste á buscar un asilo.

RAIM. Estás en un error, Cleto.
El verdadero motivo
fué el episodio mas trágico...
el lance mas terrorífico...
No te acuerdas ya de Bárbara?

CLETO. Bárbara? No he conocido
á otra Bárbara, que á una
de la que soy inquilino.

RAIM. Me queria la tal Bárbara
barbaramente! Delirio
como aquel... mas cierto dia
me sorprendió en cierto nido
con cierta muchacha...—era
una corista del Circo.—
Hubo allí una escena trágica,
imprecaciones y gritos,
y cabellos arrancados...
especialmente los mios.
Salí de allí como pude,
y al dia siguiente vino
Bárbara con un rewolver
resuelta á pegarme un tiro.
Yo, por evitarla un crímen
que la llevara á un patíbulo,
partí, sin darle las señas
de mi nuevo domicilio.
Llegué á Barcelona... entonces
Zacarias era un niño.
Lo dejé allí en un colegio
recomendado á un amigo;
yo me trasladé á Tortosa
donde no era conocido;
y desde entonces no soy
Raimundo, que soy mi hijo.
Yo era un muchacho...

CLETO. Un muchacho

con cuarenta años y pico!

RAIM. Pero allí no habia nadie
que me echara veinticinco.
Ya se vé!... Como yo siempre
cuidé tanto de mi físico...
me dediqué á la gimnasia;
y á fuerza de pegar brincos
y hacer flexiones de pecho
adquirí esbeltez y brio.
Ademas, como la higiene
recomienda el ejercicio
montaba mucho á caballo.
Solia caer...

CLETO. Pues, Chico,
la higiene no recomienda
que uno se rompa el bautismo.

RAIM. Tú me ves ahora cubierto
con el polvo del camino.
Mas... verás... cuando me arregle...
Todos los dias me quito
veinte años de encima...

CLETO. Hombre!

RAIM. Quién es viejo en este siglo?
Mira, y hago unas conquistas!...
No sabes por qué he venido
á Madrid? Pues hace dias
se ha ajustado en el Elíseo
una muchacha italiana
que hace tales gorgoritos,
que fué en Tortosa el asombro
de todos los tortosinos.
Me espera en Madrid.

CLETO. De veras?

BAIM. Hasta su nombre es bonito
y dulce... Azurina... Suena
así como á azucarillo.

CLETO. (Debe ser la de la carta.)

RAIM. Ya verás, tiene un palmito...

CLETO. Mira, Raimundo, tu viaje,
la verdad, me ha sorprendido.
Yo, aunque no me meto en nada,
creyendo que era tu hijo

el que venia, he dispuesto
una boda...

RAIM. Es buen pratido?

CLETO. Mi sobrina.

RAIM. Y qué tal es?

CLETO. Capaz de sacar de quicio...
Diez y nueve años...

RAIM. Bonita?

CLETO. Tanto, que á no ser su tio!...

RAIM. Y dónde eslá?

CLETO. Aquí, en mí casa.

RAIM. Qué oigo! Y tú nada me has dicho.
Una mujer aquí! Pronto,
un cuarto! Dónde me visto?

CLETO. Vas á revocarte?

RAIM. Justo.
Si me ve así, soy perdido.
Le haré el amor.

CLETO. Pero...

RAIM. Voy
á trasformar mi individuo.
(Váse recogiendo el saco de noche, que habrá dejado sobre una silla.)

ESCENA VIII.

D. CLETO, luego ZACARIAS.

CLETO. Es posible que á sus años
tenga aun tan poco juicio?
Y el otro que nada sabe...
Vamos á darle el aviso!
Jóven? (Acercándose al cuarto donde entró Zacarias.)

ZAC. (Saliendo.) Qué hay de nuevo?

CLETO. Jóven!...
Huya usted... se lo suplico.

ZAC. Pero...

CLETO. Nada de preguntas!
Sepa usted que él ha venido!

ZAC. Quién?

CLETO. Él!

ZAC. Pero quién es él?

CLETO. Que es inminente el peligro!

ZAC. Pero, en fin, de quién se trata?

CLETO. Quédese usted aturdido!
de Zacarias Cortés.
ZAC. Aturdirme de mí mismo?
CLETO. Si no es usted! Es su padre.
ZAC. Cómo!
CLETO. Su padre es su hijo.
ZAC. Se ha vuelto loco este hombre?
CLETO. Huya usted, por Jesucristo!
ZAC. Pero...
CLETO. Alguien viene... Huya usted!...
ZAC. Abur. (Qué habrá sucedido?)
(Vuelve á entrar en su cuarto.)

ESCENA IX.

D. CLETO, luego DOÑA BÁRBARA.

CLETO. Ya se fué... Gracias á Dios!
Lance mas inoportuno! ..
BARB. Ay, don Cleto!
CLETO. Doña Bárbara!
BARB. Esta tarde emprendo el rumbo
hácia Tortosa.—Ha venido
el hijo de don Raimundo?
CLETO. Cuál?
BARB. Acaso tiene dos?
CLETO. No, señora; tiene uno.
Pero como él es su hijo...
dispense usted... me aturrullo...
BARB. Ha llegado ó no?
CLETO. Ha llegado.
BARB. Llámele usted.
CLETO. Á qué asunto?
BARB. Antes de partir quisiera
darle un abrazo. ¡No dudo
que le agradará á su padre
y le conmoverá mucho
el que yo le diga: «He visto,
»he abrazado á un hijo tuyo.»
CLETO. Le conoce usted?
BARB. Ha tiempo
nos ligó un cariño mútuo.

En la mayor armonia
vivimos tres meses juntos.
Parecíamos dos ángeles!

CLETO. Sí: dos ángeles... (patudos).

BARB. Pero un dia... dia aciago!
tuvimos cierto disgusto...
le sorprendí en cierta casa
con cierta jóven de rumbo...
Una corista del Circo.
Amor sacrílego, impúdico!

CLETO. Ah! usted es la doña Bárbara?...

BARB. Me arrojé sobre el perjuro;
y hubo una escena dramática
de arañazos... y rasguños...
y cabellos arrancados...
especialmente los suyos.
Huyó el ingrato: y yo entonces,
llena de dolor profundo
y de amargo desconsuelo,
casé con el hoy difunto
mi bueno y fiel Homobono
cabeza de Buey, que tuvo
la amable galanteria
de marcharse al otro mundo,
dejándome un capital
de treinta y cinco mil duros.
Por eso voy á Tortosa;
ya que estamos los dos viudos,
que me cumpla la palabra
que me dió hace tiempo, es justo.
Si no se casa conmigo;
si le pillo en un renuncio,
le pego un tiro, como antes
no se haya muerto del susto.

CLETO. Un tiro!...

BARB. Con mi rewolver. (Sacándolo.)
Hace diez años que oculto
lo llevo en mi seno.

CLETO. Digo!
Pues si parece un trabuco!

BARB. Y cargado hasta la boca.
Si no se casa, le juro... (Apuntando.)

CLETO. Señora, por Jesucristo!..
BARB. No tema usted, solo apunto...
CLETO. Suplico á usted por si acaso...
BARB. Oh! Yo tengo muy buen pulso.
CLETO. Lo creo...
BARB. Si usted lo duda...
(Apuntando de nuevo.)
CLETO. No señora, no lo dudo. (Ella guarda el rewolver.)

ESCENA X.

DICHOS, RAIMUNDO, ataviado con patillas postizas, bisoñé de jóven, etc. etc.

RAIM. Ya concluí mi atavio,
ya estoy hecho un serafin.
BARB. (Qué es lo que veo, Dios mio!)
CLETO. (Esto va á tener mal fin!
El desventurado ignora...)
BARB. (Es él!)
CLETO. (Ya cayó en la red.)
RAIM. (Una señora!...) Señora...
estoy á los pies de usted.
CLETO. Mira á quién hablas! (Ap. á Raimundo.)
RAIM. Yo hablo...
BARB. La muerte, ó el matrimonio!
(Presentándose de frente á Raimundo.)
RAIM. Eh?...
BARB. Yo soy Bárbara.
RAIM. (Diablo!)
CLETO. La del rewolver! (Ap. á Raimundo.)
RAIM. (Demonio!)
(Bárbara saca el rewolver.)
CLETO. Y cargado hasta la boca.
RAIM. (Voy á ver si la confundo...)
BARB. Raimundo!
RAIM. Usted se equivoca:
yo no me llamo Raimundo.
(Audacia!)
BARB. No?
RAIM. No le asombre
que ese nombre no me cuadre:
mi padre tiene ese nombre;

pero yo no soy mi padre.
(Asi saldré del aprieto.)
Soy su hijo Zacarias.
Que lo diga, si no, Cleto.

CLETO. Pues... (Yo apoyar picardias!)

RAIM. Mi padre es un viejo adusto;
tiene ya cuarenta y pico
y yo soy un chico, eh? (Á Cleto.)

CLETO. Justo!
(Pues no dice que es un chico?)

BARB. Eres su vivo retrato.

RAIM. De veras? con que usted nota?...

BARB. Te pareces al ingrato,
como una gota á otra gota.
Pero á él, ¡ay, Zacarias!
nunca en lo moral te iguales!

RAIM. Por qué?

BARB. El autor de tus dias
es el autor de mis males.

RAIM. Le hizo á usted alguna cosa?

BARB. Sí; me dió mas de un motivo...
Por eso marcho á Tortosa
en busca del fugitivo.
Si no el ruego, la amenaza
sucumbir al fin le hará.
¡Ven, Zacarias! Abraza
á tu futura mamá.

RAIM. Ay, señora! usted ignora
su estado fatal!

BARB. Qué escucho!

RAIM. No se case usted, señora!
mi padre ha variado mucho.
(Para evitar un fracaso
voy á urdir otro embolismo:
á ver si salgo del paso
matándome yo á mí mismo.)
Su cambio es ya tal que pasma:
sufre mortal paralisis,
le tiene afligido el asma
y le consume la tisis.

CLETO. (Fingirse malo!... Qué idea!)

BARB. Verle es mi único deseo.

RAIM. Es que cuando usted le vea
va á parecerle muy feo.
BARB. No importa cómo ni cuándo...
Yo en la ansiedad con que lidio...
RAIM. (Pues señor; voy sospechando
que no me vale el suicidio.)
BARB. Adios, mi querido hijastro!
Todo por su amor lo arrostro.
RAIM. Ya no encontrará ni rastro
de aquel simpático rostro.
BARB. Adios! Me marcho á Tortosa.
RAIM. Y si el mal es contagioso?
BARB. La que debió ser su esposa
velará por el esposo.
RAIM. Que está espirando le advierto.
BARB. Yo impediré que sucumba.
RAIM. Y si le encuentra usted muerto?
BARB. Lloraré subre su tumba. (Váse.)
RAIM. Síguela. (Á Cleto.)
CLETO. No es mal consejo,
porque te guarda una inquinia!...
que temo...
VIRG. (Desde su cuarto.) Tio!
CLETO. Te dejo
con mi sobrina Virginia.

ESCENA XI.

RAIMUNDO, VIRGINIA.

RAIM. (Me insinuaré de algun modo.)
Señorita... (Es muy bonita.)
VIRG. Una palabra ante todo.
RAIM. Qué quiere usted, señorita?
VIRG. Saber quiero... es un capricho
tal vez de los mas extraños.
¿Qué edad tiene usted? Me han dicho
que tiene usted veinte años.
RAIM. Diez y ocho.
VIRG. No mas?
RAIM. (Qué asedio!)
Me equivoqué...

VIRG. Á no dudar.
RAIM. Tengo diez y ocho y medio;
la verdad en su lugar.
Aun soy un adolescente;
hágame usted la merced
de mirarme frente á frente.
VIRG. Bien, y qué?
RAIM. (Con petulancia.) Le gusto á usted?
VIRG. (Le daré cuerda.) Oh! sí, mucho.
(Estoy por soltar el trapo.)
Es usted guapo.
RAIM. Qué escucho!
Con que le parezco guapo?
VIRG. Tiene usted buena figura.
RAIM. Mire usted qué pie.
VIRG. ¡Qué pie!
RAIM. Vaya, pues y la cintura?
VIRG. Ni yo que llevo corsé.
(Ya casi de risa lloro.)
RAIM. Pues bien: (Le causé impresion.)
sepa usted que yo la adoro
con todo mi corazon.
(Arrojandose á sus pies: momentos antes ha aparecido Zacarias.)

ESCENA XII.

DICHOS, ZACARIAS.

ZAC. (Aquí entro yo.)
RAIM. (Zacarias!)
ZAC. (Diplomacia es menester.)
RAIM. (Él en Madrid!)
ZAC. Dí, qué hacias
á los pies de esa mujer?
RAIM. La adoro con frenesí.
ZAC. Renunciar á su amor puedes,
que ella me prefiere á mí.
VIRG. Se conocian ustedes?
ZAC. Vaya!
VIRG. (Á Zacarias.) Usted quién es?
ZAC. Yo? Pues...

soy Cortés.

RAIM. (Hijo traidor!)
va á decir...)

VIRG. (Á Raimundo.) Y usted, quién es?

RAIM. Yo? su hermanito menor.

ZAC. De tí obediencia reclamo.
Sal de aquí!

RAIM. Conque tambien
la amas tú?

ZAC. Que si la amo?
Desde que la ví en el tren.

RAIM. (He de oponerle una valla...)

ZAC. Allí aproveché lo oscuro,
y al llegar al túnel...

RAIM. Calla!
No sigas, me lo figuro.

VIRG. Quizá un juicio temerario
formará usted, y lo siento.

RAIM. Yo, señorita? Al contrario.
Mira, márchate al momento. (Á Zacarías.)

ZAC. No, yo adoro á esta mujer.

RAIM. Y yo.

ZAC. Renuncia á su amor.
Me debes obedecer,
que soy tu hermano mayor.

RAIM. Veremos quién me la quita.

ZAC. Yo.

VIRG. Calma, señores, calma.

ZAC. (Á ella.) No ve usted cómo se irrita!

RAIM. Le voy á romper el alma.

ZAC. Te propasas?

RAIM. Me propaso.

ZAC. Y hasta me riñes...

RAIM. Te riño.

ZAC. Pero, en fin, quién hace caso
de la cólera de un niño.

RAIM. Infame!

ZAC. Yo me confundo!...
No ve usted, cuál se me atreve?
Dios mio! Cómo está el mundo
en el siglo diez y nueve!

VIRG. Señores, esto es muy triste.

ZAC. Mi dicha en ella se encierra. (Á Raimundo.)
RAIM. Sal de aquí.
ZAC. Tendria chiste.
RAIM. Pues, haya guerra!
ZAC. ¡Haya guerra!
RAIM. ¡Bien! sin cuartel.
ZAC. Sin cuartel.
VIRG. Que son hermanos al fin!
RAIM. Tú eres Cain, y yo Abel.
ZAC. No: yo Abel y tú Cain.
RAIM. Pues si la emprendo contigo!...
ZAC. Si apelo á la fuerza bruta!...
VIRG. Me voy por no ser testigo
de tan horrible disputa.

ESCENA XIII.

RAIMUNDO, ZACARIAS.

RAIM. Ya estamos solos, bribon!
ZAC. (Va á haber la de San Quintin.)
RAIM. No te hallas en Barcelona?
ZAC. No, señor, me hallo en Madrid.
RAIM. Así estudias medicina?
ZAC. Basta con la que aprendí.
RAIM. Ya! sí: contrayendo deudas.
ZAC. (Lo sabe!)
RAIM. Vas á partir.
ZAC. Yo?
RAIM. Sí.
ZAC. Dónde?
RAIM. Á Barcelona.
ZAC. No me gusta aquel pais.
RAIM. Irás de grado ó por fuerza:
no falta guardia civil...
Te escoltará una pareja.
ZAC. Es mucho honor para mí.
RAIM. Irás en tercera clase.
ZAC. Ay, no sea usted tan ruin!
Me voy á morir helado;
corre por la noche un gris...
RAIM. No importa.

ZAC. Papá!

RAIM. Ese nombre
me ha conmovido por fin.
San Martin dejó asombrado
al mundo por dividir
su capa con un mendigo:
yo haré mas que san Martin.
El dió media capa, y yo
te daré entero el carrik.

ZAC. Gracias.

RAIM. (Entra un momento en su cuarto y sale con el carrik.
Toma.

ZAC. Es muy antiguo.
Yo no quiero hacer reir.

RAIM. Toma. (Poniéndoselo.)

ZAC. Van á apedrearme.

RAIM. Pues si estás hecho un *dandy*.

ZAC. Papá, reflexione usted
que ha pasado ya su abril;
que ha cumplido los cincuenta
ó los va pronto á cumplir.

RAIM. No, treinta.

ZAC. Yo cumplo veinte
la víspera de san Luis...
Tuve un papá de diez años?
Qué papa tan infantil!

RAIM. Zacarias! Zacarias!
Te estás burlando de mí?

ZAC. Como usted llegue á casarse
con esa chica gentil,
le pronostico, le auguro...
que va á ser muy infeliz.

RAIM. Ella piensa que soy jóven.

ZAC. Me asusta su porvenir.
Por supuesto viviremos
los tres juntos: no es así?

RAIM. No: quiero pasar con ella
tete à tete y *vis à vis*
la luna de miel.

ZAC. No es floja
la que bajo el peluquin
oculta usted.

RAIM. Zacarias!
ZAC. Cuando ella vea lucir
esa luna, cuando sepa
que esos dientes de marfil
no son de usted...
RAIM. Mios son,
y muy mios.
ZAC. Eso sí:
como es mio este chaleco;
porque lo he comprado en Vich.
Renuncie usted á esa niña.
RAIM. Yo? Jamás! Antes morir!
ZAC. Conque insiste usted?
RAIM. Insisto.
ZAC. Hace usted mal.
RAIM. Por qué? Dí!...
ZAC. Ya lo verá usted...
RAIM. Lo dices
así con un retintin...
Quieres ser mi rival? Bueno!
Pronto te has de arrepentir.
Puedes hacer lo que quieras.
Márchate ó quédate ahí...
Pero ay de tí, Zacarias,
si no te llegas á ir!
ZAC. Papá!..
RAIM. Á un hombre de mi temple
ne le asusta un zascandil.
Has de saber que Virginia
bebe los vientos por mí.
Me ha dicho que soy un pollo...
que parezco un serafin...
que visto con elegancia...
y que tengo mucho *chic*!
Mi pie la dejó asombrada...
mi talle no hay que decir...
Mi elocuencia la hizo efecto...
mi rostro... no se hable... en fin,
puedo como Julio César,
decir: «vine, ví y vencí.» (Váse por el foro.)

ESCENA XIV.

ZACARIAS.

Con que mi padre es mi hijo?
Con que gracias á este ardid
me roba el triunfo, usurpándome
un corazon femenil?
Y para alejarme de ella
me regala este carrik!... (Registrándolo.)
Hola!... Qué bultos son estos?... (Sacándolos.)
Un frasquito de elixir...
un bisoñé... unos papeles... (Lee algunos.)
Qué ocurrencia tan feliz!
Ya que él se finge mi hijo,
su padre vóime á fingir. (Váse por la derecha.)

ESCENA XV.

VIRGINIA, RAIMUNDO, D. CLETO.

VIRG. Pero si digo que no!
RAIM. Su tio dice que sí.
VIRG. Hay que escribir á mi madre.
CLETO. No es menester escribir.
Ya me ha escrito ella, y tengo
su consentimiento aquí.
VIRG. Pero el papá del señor...
RAIM. Mi padre no está en Madrid,
y se dará por contento
conque usted me haga feliz.
VIRG. Veremos...
ZAC. (Saliendo.) (Ya soy su padre,
gracias á este peluquin.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ZACARIAS.

RAIM. Premie usted mi amor profundo!
ZAC. Señores, muy buenos dias!

RAIM. (Aquí otra vez Zacarias.)
ZAC. Abraza al viejo Raimundo! (Á Cleto.)
CLETO. (Qué dice?...) (Abriéndole los brazos.)
RAIM. (Y mi bisoñé
cubre su mala cabeza!) [1]
ZAC. (Dirigiéndose á Raimundo.)
Hola! Eres tú, buena pieza?
Á qué has venido? Di!... Á qué?
Hasta cuándo, hasta qué dia
piensas abusar?... Responde!
Esta es la cátedra donde
estudias anatomia?
Has de hacer cuanto te cuadre?
Pues yo por ello no paso.
RAIM. Es usted mi padre acaso?
ZAC. Conque yo no soy tu padre?
Niega al autor de tus dias!
VIRG. Usted su papá!...
ZAC. Y me fundo...
Pues si yo no soy Raimundo,
él no será Zacarias.
RAIM. Mentira!
ZAC. La identidad
de mi persona ver puedes.
RAIM. Eh?
ZAC. (Á Cleto.) Y usted.—Lean ustedes...
(Dándole uno de los papeles que halló dentro del carrik.)
CLETO. «Cédula de vecindad...» (Leyendo.)
VIRG. Á ver... «Natural de Vich...»
(Leyendo tambien.)
«Raimundo Cortés...»
ZAC. Soy yo.
RAIM. (Estaba en el carrik... Oh!
Por qué le di mi carrik?)
ZAC. Has dado aquí algun mal paso?
Quiero saber lo que pasa.

---

1 Este bisoñé, que es el primero que saca Raimundo, debe ser gris á diferencia del último que saca, que será negro y rizado ó con bucles. Tambien debe sacar ahora patillas postizas.

RAIM. Hoy he venido á esta casa
porque mañana me caso.
ZAC. No he de consentirlo yo.
RAIM. Usted no es nadie.
ZAC. Yo?... Sí!
RAIM. Bastante me importa á mí
que usted lo consienta ó no!
ZAC. Con qué audacia, con qué calma,
que nada le importa, dijo!
RAIM. (Vaya! Á no ser yo mi hijo,
ya le habia roto el alma!)
VIRG. Irritar á su papá!...
RAIM. Él es, él es quien me irrita.
VIRG. Hace usted mal. (Á Raimundo.)
RAIM. Señorita!...
VIRG. Pero muy mal.
ZAC. Claro está!
Tú matarme te propones! (Á Raimundo.)
La voz del deber no escuchas!
—Señora, me ha dado muchas,
muchísimas desazones.
VIRG. Es posible, Zacarias? (Á Raimundo.)
ZAC. Se escapó de Barcelona
debiéndole á la patrona
un mes y catorce dias.
No hay quien, siendo un caballero,
la vida que él lleva arrastre.
Debe mil reales al sastre
y otros mil al zapatero.
RAIM. Yo?...
ZAC. Todo el mundo le asedia.
Con decirle á usted, señora,
que debe á la planchadora
quince pesetas y media!
Al mal se abandona...
RAIM. Quién?
ZAC. Con la locura mas ciega.
VIRG. Qué escucho!
ZAC. Es jugador.
VIRG. Juega!
ZAC. Y bebe.
VIRG. Bebe tambien!

ZAC. (Me retraté.)
VIRG. Basta ya!
ZAC. Que tú te cases no quiero (Á Raimundo.)
sin que te enmiendes primero.
RAIM. Ya me enmendaré, papá.
ZAC. Pero, de veras?
RAIM. De veras.
ZAC. Pagarás las deudas? (Con intencion.)
RAIM. (Dándole una cartera.) Hasta
el último duro.
ZAC. (Tomándola y registrándola.) Basta!
Cásate ya cuando quieras.
(Á ella.) Mas dudo que tenga aplomo...
porque... hablando con franqueza,
es una mala cabeza.
Tiene una querida...
VIRG. Cómo!...
ZAC. Azurina.
RAIM. (Lo ha sabido.)
ZAC. Lea usted. (Dándole una carta á Virginia.)
VIRG. (Despues de leerla.) Ah! Qué horror!
RAIM. Pero...
VIRG. Es inútil, caballero:
no será usted mi marido.
RAIM. Por tí me da calabazas. (Á Zacarias.)
ZAC. Como supo ese desliz...
RAIM. Voy á romperte... (Amenazándole.)
ZAC. Infeliz!
Asi á tu padre amenazas?
(Cleto y Virginia se interponen entre ambos.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y DOÑA BÁRBARA.

BARB. Aquí estoy.
RAIM. (Cayó en la red.
La vieja á vengarme va.)
Quiere usted ver á papá? (Á Bárbara.)
Pues aquí le tiene usted.
(Señalando á Zacarias.)
BARB. Cómo?

CLETO. (Otro enredo.)
RAIM. Es un hecho.
BARB. Raimundo! Yo me confundo...
No me conoces, Raimundo! (Á Zacarías.)
Soy Bárbara!
ZAC. Buen provecho!
BARB. Aun puedo hacerte dichoso.
Estás muy desfigurado;
pero no te dé cuidado.
Yo te acepto por esposo.
Y tú?
ZAC. Yo no! (Rechazándola.)
BARB. No? Insensato!
Cumpliré mi juramento.
ZAC. Ya puede usted cumplir ciento.
BARB. Ó te casas ó te mato! (Sacando el rewolver.)
ZAC. Piensa usted que me intimida
con tan necias pretensiones?
Asi piden los ladrones...
RAIM. (Justo: la bolsa ó la vida.)
BARB. Oh! (Apuntándole.)
CLETO y VIRG. Qué hace usted?
BARB. Juro á Dios
no tener piedad ninguna.
ZAC. Pero señora!...
BARB. Á la una...
RAIM. Pero Bárbara!
BARB. Á las dos...
ZAC. Señora!...
BARB. Que no transijo!
ZAC. Señora, que usted ignora...
BARB. Nada! Á las...
ZAC. Pero señora!...
Y si tenemos un hijo?...
BARB. Mejor... me halaga esa idea.
RAIM. (Demonio! Esto se complica!)
BARB. Tú eres pobre, yo soy rica.
RAIM. (Ya no me parece fea.
Debo impedir que la roben.
Y está rejuvenecida!)
—Ay Bárbara de mi vida!
BARB. Jóven! (Á Raimundo.)

RAIM. Si yo no soy jóven!
BARB. Cómo!...
RAIM. Con mi edad transijo
aunque olvidarla me cuadre.
Bárbara, yo soy mi padre:
es decir, no soy mi hijo.
VIRG. Bien dije yo!...
RAIM. Al cabo cejo...
mírame al fin á tus pies!
(Arrojándose á los pies de Bárbara.)
BARB. El viejo, entonces, quién es?
Es usted? (Á Zacarias.)
ZAC. Yo no soy viejo.
BARB. No?
ZAC. Puede usted ser mi madre.
(Quitándose el bisoñé y los quevedos.)
VIRG. Vaya, y tanto!
BARB. (Mirando á Raimundo.) Ya colijo...
ZAC. Señora, yo soy mi hijo:
es decir, no soy mi padre.
BARB. (Á Raimundo.)
Eras tú... Apenas te ví
me lo dijo el corazon.
ZAC. (Á Virginia.)
Y usted premia mi pasion?
VIRG. Yo no sé...
CLETO. (Ap. á Virginia.) Dile que sí.
Acepta! Es marido y basta.
Échale mano, hija mia,
mira que de dia en dia
se va acabando la casta.
VIRG. (Adelántandose al púlico.)
Le acepto por marido
si logro, en cambio,
que ustedes me concedan
un solo aplauso.
RAIM. La votacion
va á empezar ahora mismo.
Conque... Sí ó no?

FIN DE LA COMEDIA.

La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlargo
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.
La hija del Rey René.
Los extremos.
La frutera de Murillo.
La cantinera.
La venganza de Catana.
La marquesita.
La novela de la vida.
La torre de Garan.
La nave sin piloto.
Los amigos.
La judía en el campamento, ó glorias de Africa.
Los criados
Los caballeros de la niebla.
La escala de matrimonio.
La torre de Babel.
La caza del gallo.
La desobediencia.
La buena alhaja.
La niña mimada.
Los Maridos (refundida).
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina
Martin Zurbano.
María y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
¡¡María!! ó la Emparedada.
Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y catigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quien es el padre?
Rebeca.
Rival y amigo
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid)*.
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato a quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver
Zamarrilla, o los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.
Ardides y cuchilladas.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.
D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
Don Pascual.
El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja *(Música)*
El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.
El último mono.
El primer vuelo de un pollo.
Entre Pinto y Valdemoro.
E magnetismo... ¡animal!
El califa de la calle Mayor.
En las astas del toro.
El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. *(Música)*.
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. *(Música)*.
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.



PUNTOS DE VENTA

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Manzano.	Lugo	Viuda de Pujol.
Albacete	Ruiz.	Mahon	Vinent.
Alcoy	Martí.	Málaga	Taboadela.
Algeciras	Muro.	Idem	Moya.
Alicante	Viuda de Ibarra.	Mataró	Clavel.
Almeria	Alvarez.	Murcia	Hered. de Andrion
Avila	Lopez.	Orense	Perez.
Badajoz	Coronado.	Orihuela	Martinez Alvarez.
Barcelona	Cerdá.	Osuna	Montero.
Idem	V. de Bartumens.	Oviedo	Martinez.
Bejar	Lopez Coron.	Palencia	Hijos de Gutierrez
Bilbao	Astuy.	Palma	Gelabert.
Burgos	Hervias.	Pamplona	Rios.
Cáceres	Valiente.	Pontevedra	Buceta Solla y compañia.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena	Pedreño.	Reus	Prius.
Castellon	J. Maria de Soto.	Ronda	V.ª de Gutierrez.
Ceuta	M. G. de la Torre.	Salamanca	Huebra.
Ciudad-Real	Acosta.	San Fernando	Martinez.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.	Sanlúcar	Oña.
Córdoba	Lozano.	Sta. C. de Tenerife	Poggi.
Coruña	Lago.	Santander	Hernandez.
Cuenca	Mariana.	Santiago	Escribano.
Ecija	Giuli.	San Sebastian	Garralda.
Ferrol	Taxonera.	Segorbe	Gra. Campos.
Figueras	Viuda de Bosch.	Segovia	Salcedo.
Gerona	Dorca.	Sevilla	Alvarez y comp.
Gijon	Crespo y Cruz.	Soria	Rioja.
Granada	Zamora.	Talavera	Castro.
Guadalajara	Oñana.	Tarragona	Font.
Habana	Charlain y Fernz.	Teruel	Baquedano.
Haro	Quintana.	Toledo	Hernandez.
Huelva	Osorno é hijo.	Toro	Tejedor.
Huesca	Guillen.	Valencia	I. Garcia.
I. de Puerto-Rico.	J. Mestre.	Idem	J. Mariana y Sanz.
Jaen	Idalgo.	Valladolid	H. de Rodriguez.
Jerez	Alvarez.	Vigo	Fernandez Dios.
Leon	Viuda de Miñon.	Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Lérida	Sol.	Vitoria	A. Juan.
Logroño	Brieba.	Ubeda	Perez.
Lorca	Gomez.	Zamora	Fuertes.
Lucena	Cabeza.	Zaragoza	V. de Heredia.